



EL



BAZAR LITERARIO

UN HECHO

DE D. PEDRO EL CRUEL (1).

La antigua Sevilla, pintoresca y alegre por la fertilidad de su campiña y hermosura de su cielo, era ya conocida por el sobrenombre de la PERLA DE ANDALUCÍA. Sin embargo, el arquitecto Geber, no habia comenzado la obra que mas tarde inmortalizára su nombre. Todavía no se levantaba coloso la imponente Catedral, cuya gigantesca

torre produce la admiracion del observador, ni viajero alguno acusára la ingratitud de los hombres al leer en una de sus naves y sobre tosca piedra este epitafio.==

*A Castilla y Aragon
Otro mundo dió Colom.*

Veíanse no obstante en los denegridos muros que circundaban la Ciudad, gloriosas inscripciones que el tiempo respetaba, descollando principalmente entre otras el siguiente distico.==

CONDIDID ALCIDES, RENOVAVIT JULIUS URBEM,
RESTITUIT CHRISTO FERNANDUS TERCIVS HERÓS.

(1). Este rey, hijo de Alfonso XI de Castilla y María de Portugal, nació en Burgos el 30 de Agosto de 1334. Fué proclamado rey de Sevilla en 1350 despues de la muerte de su padre, y murió bajo los muros de Montiel en la tienda de Duguesclin por su hermano natural D. Enrique de Trastamara, el 23 de Marzo de 1369.

El nombre de Fernando, colocado tan atrevidamente á el lado de Alcides y César, era respetado con veneracion por los españoles. La abdicacion de su madre Berenguela,

reina de Castilla y la muerte de Alfonso, IX de Leon, fueron causa de que este rey, reuniendo sobre su cabeza ambas coronas, combatiera con valor á los musulmanes, recobrase á Córdoba, Cádiz y Sevilla, y fuera canonizado por el Papa.

Tales glorias recordaban aun con entusiasmo los Sevillanos en el reinado de D. Pedro el Cruel, en cuya época tenia efecto el suceso que vamos á referir.

Un dia que D. Pedro rodeado de sus favoritos se ocupaba en examinar los planes que su arquitecto habia propuesto para embellecer la ciudad, se arrojó á sus plantas un hombre del pueblo despues de atropellar las guardias y cuantos obstáculos se le opusieron.

—Justicia, Señor, justicia, repetia el recién llegado.

—No era ciertamente la paciencia una de las virtudes de D. Pedro, pero sin embargo, refrenó su cólera y dijo:

—Habla, ¿qué quieres?

—Justicia por la muerte de mi padre.

—Y bien; ¿quién era tu padre?

—Mi padre, Señor, pertenecía á vuestra casa; era Estevan Mendez el zapatero de vuestra Magestad, asesinado por un canónigo de la Anunciación; y yo vengo á suplicaros venganza.

—Un canónigo!... ¿Y qué ofensa recibió de tu padre para tratarle así?

—Dos años hacia que mi padre [á quien Dios salve] habia prestado á ese prelado una crecida suma que se negaba á devolver; pero esta mañana le aguardó á la puerta de la iglesia para pedírsela.

—Nada más justo.

—Bien dice vuestra Magestad, pero no tuvo efecto. El canónigo contestó que aquella cantidad estaba bien en sus manos porque era un siervo del Señor, que los trabajos de mi padre prosperarian por su protección, y por último, que aquella suma debia considerarse como un diezmo debido á la Santa Iglesia. Semejante contestacion sorprendió á mi padre, que como hombre honrado creia en la buena fe de todos; devolvedme esa cantidad, dijo, devolvedme ese dinero que necesito, pues de lo contrario... ¿qué harías? preguntó el canónigo. Llamaros ladrón. Esta palabra fue la sentencia de su muerte, esta palabra irritó de tal suerte al eclesiástico, que atravesó de una puñalada el desgraciado cuerpo de mi padre.

—Basta.

—Señor, justicia: la impunidad de ese crimen seria horrible.

—Retírate: el Rey te la dará.

—Que el cielo os guarde, Señor.

Por Cristo! gritó D. Pedro irritado, parece que los Señores canónigos pretenden privarme de mis buenos y leales servidores?... Por vida mia, que he de poner orden! Diego, vete á la plaza mayor é infórmate de lo que ese hombre acaba de decir.

Pocos instantes despues volvió Diego, y su narracion convino exactamente con las palabras del jóven Mendez.

Mal contenida la cólera del Soberano, solo necesitaba una pequeña causa para estallar; así fue que las imprecaciones y amenazas contra el matador, se sucedieron en su boca. Tan pronto como el pensamiento hubiera deseado castigo para el crimen, Diego, volvió á

decir, ve á reclamar un asesino al cabildo de la Anunciacion de parte de tu Señor.

No tardó Diego en obedecer la orden presentándose en el santuario de la iglesia, donde se hallaban reunidos los prelados.

Don Pedro nuestro Rey y Señor, dijo Diego en voz alta, reclama el asesino de Estevan Mendez para que sea juzgado por la ley, Señores, volved al César lo que es del César, y á nuestro Dios lo que le pertenece.

Una lijera duda se manifestó entónces en los conónigos, pero bien pronto comprendieron unos á otros los deseos que les animaban, y tomando uno la palabra respondió con estudiada dulzura.

—Vos lo habeis dicho, hijo mio, volvamos al César lo que sea suyo, y á nuestro Dios lo que reclama. Ahora bien, Dios ha dicho á su iglesia «Tu juzgarás de tus miembros descarriados» y los Reyes, hijos predilectos de Dios, han respetado siempre los derechos de su Santa Madre: La voluntad divina, es sin duda quien, apartando al culpable de entre nosotros, le pone en nuestras manos para juzgar su culpa. Marchad, hijo mio, marchad á decir á nuestro poderoso Rey, que juzgaremos con el rigor de las leyes al matador de Mendez.

Poco satisfecho quedó D. Pedro con semejante contestacion, pero hubo de resignarse por no violentar los privilegios recocidos de tiempo inmemorable.

II.

Las campanas de la Anunciacion convocaban al pueblo Sevillano para presenciar el acto de justicia que en ella se debia celebrar. Eran las diez del dia y á pesar de la viva luz que esparciera un ardiente Sol en todo su poder, la nave mayor de dicha iglesia, presentaba el aspecto mas sombrío é imponente. Vestidas sus paredes de terciopelo negro, estaban casi iluminadas por un corto número de candelabros. Una cruz sencilla se observaba en medio de la nave, y á su alrededor unos hombres vestidos de negro y arrodillados. . . . Eran los jueces. . . los hombres que debian implorar á Dios una inspiracion para su fallo....

Mas lejos y entre las sombras, el sonido de una respiracion lenta y ahogada turbaba el silencio, tal vez ecsistia alli un hombre cubierto de tosco sayal que las miradas del pueblo vuscaaba con avidez, un hombre que poco antes representaba al Señor y en aquel instante el crimen.

La hora del juicio habia sonado.

La muerte cometida en medio del dia y en presencia de una multitud de testigos, debia abreviar el interrogatorio del acto, así es que los jueces procedieron á la deliberacion del fallo, mientras el declinante repetia con el mayor fervor estas palabras: *mea culpa, mea máxima culpa.*

—Señores dijo el Prior; Dios nos perdonará en el cielo si espiamos nuestras faltas sobre la tierra. Nuestro juicio ha terminado; he aquí el fallo; escucha pues (*dirijiéndose al acusado*) tu has asesinado á un hombre en la puerta de la

iglesia y la punición de semejante atentado debe ser ejemplar: = De aquí en un año no entrarás en el coro de este santo edificio, cuyos escalones has manchado.

Promulgada que fue la sentencia, se retiraron los jueces satisfechos de su proceder, y los oyentes se alejaron del templo admirados de la impunidad del crimen.

Sabedor de todo D. Pedro, hubiera querido por la fuerza castigar al culpable según la ley, pero fue quizá la vez primera que contuvo los sentimientos de venganza á pesar de su marcada crueldad. La enemistad de la iglesia en aquella ocasión hubiera sido fomentar los recursos con que contaba su hermano D. Enrique para despojarle del poder, y tales ideas resvalaban por la mente de D. Pedro, mientras los enviados le felicitaban. — Gracias, los dijo; estoy satisfecho; despejad.

Al día siguiente y á la misma hora, un hombre arrodillado imploraba su perdón.

— Cuál es tu delito?

— He vengado á mi padre: he dado muerte á su asesino. Señor; ayer me dijísteis que podía contar con vuestra justicia y hoy es vuestra clemencia la que imploro.

— Hoy te diré como ayer, retírate: el rey te la dará.

Mientras este pequeño diálogo se sucedía en el interior del antiguo palacio, los enviados del cabildo penetraban en la cámara real reclamando un asesino.

— Mis padres, les dijo el rey: ayer la víctima pertenecía á mi casa y el delincuente á la vuestra: vos juzgásteis al asesino. Hoy ha variado todo: la víctima es de la iglesia y

el asesino de Palacio, yo debo ser el juez.

— Señor. . . .

— Marchad, padres; marchad y decid á vuestros hermanos, que dentro de una hora deben reunirse en mi Palacio para un acto de justicia.

“Si el Gobernador de Alburquerque y su madre Constanza no hubieran derramado en su corazón el germen de la barbarie, D. Pedro hubiera podido ser buen rey. Elevado al poder á los 15 años y en una época de disturbios y calamidades, su inesperienza necesitaba un Mentor que le dirigiese, pero solo las liviandades de su padre y los malos consejos del Gobernador, fueron los modelos que se le presentaron: así es que los sentimientos de su corazón eran crueles.

La historia sin embargo nos refiere algunos hechos en que este rey mostró un verdadero amor por la justicia: y el siguiente suceso nos permite hasta cierto punto darle el dictado de *justiciero*.

“Sorprendido en sus correrías nocturnas por el asistente de Sevilla, el rey cerró con él y pasó luego sobre su cadáver.”

Reconocido después de su rigor, quiso someterse á la ley, descollando por las plazas su propia estatua á la vergüenza del público. Otros muchos podríamos citar que comprobasen esta opinión, pero el que nos ocupa es de suyo bastante *justiciero*.

Los Eraldos de su Magestad ya habían anunciado por las plazas el acto de justicia que su Señor preparaba, y una hora después se dirigía todo un pueblo á la nueva sala del Alcázar.

¡Qué contraste! imponente y

sombría la nave de la Anunciacion para determinar un fallo, se presentaba esta resplandeciente y rica en sus adornos. Ocupadas las tribunas laterales por el capitulo y otras dignidades eclesiásticas, el pueblo debia permanecer á la entrada. En el fondo y al frente de la puerta principal, sobre una escalinata de terciopelo carmesi y en un trono de pedrería y oro, se presentaba D. Pedro rodeado de su Corte. El sitio, la concurrencia, el juez, todo era nuevo y sorprendente, hasta el acusado carecia de esos rasgos de agitacion y temor, que produce la presencia de los jueces.

Todo era silencio: la hora del juicio habia sonado ya, pero nadie demostraba la curiosidad y la impaciencia que les dominaba. Mendez fue quien alteró aquella escena de inaccion y silencio.

— Señor, perdon, dijo arrodillándose á los pies del Soberano.

— Sepamos tu delito: ¿es cierto que has asesinado á un hombre á la puerta de la Anunciacion?

— Si señor.

— ¿Y porqué has cometido semejante atentado?

— Por vengar á mi padre que murió á sus manos.

— Tu confiesas el crimen, Mendez: tu has inmolado á un siervo del Señor sin que vastase á tu venganza el castigo que el capitulo le habia impuesto: pues bien, tu dia ha llegado, yo debo á imitacion de nuestros venerables padres imponerte un castigo rigoroso; escucha pues;= Por haber llevado la mano sobre el matador de tu padre y darle muerte en sagrado sitio, te privamos de hacer zapatos en un año.

Los canónigos de la Anunciacion

que conocieron habian sido batidos con las mismas armas, se retiraron en silencio.

El pueblo aplaudió la justicia de D. Pedro.

La sala de juicio quedó desierta y los Heraldos de palacio anunciaban por los salones la marcha de su Rey.

LA VENGANZA DEL ANCIANO.

POR CARLOS DE BERNARD.

I.

EN la noche del 5 de Setiembre de 1828, las casas de campo situadas á lo largo del Garona entre la Reole y Cadillac, presentaban como de costumbre, un aspecto sombrío y silencioso, durante el cual, segun la expresion de Delille, *solo se veia noche y se escuchaba silencio*. Escluíase sin embargo del general reposo, un pabellon aislado en medio de un parque de mediana estension, en cuya fachada principal salia un resplandor tan débil por una de las ventanas, que aun á corta distancia podia dudarse de su existencia. Si algun amante de aventuras hubiera intentado en aquel momento escalar la muralla del parque, quizá tan atrevida empresa fuera bien recompensada por el misterioso cuadro que se ofrecia á su curiosidad. A través del espacio que dividia las colgaduras de seda, entreviase el interior de una cámara de noche amueblada con elegancia y alumbrada por una lámpara, cuya luz daba cierto aspecto fantástico. Sobre un lecho situado en el fondo, una muger en la flor de la edad y hermosura estaba poseida de un sueño agitado, febril: cerca de ella, un

hombre de frente pálida y arrugada por la vejez, velaba inmóvil; y comprimiendo con una mano los latidos de su corazón, espía con avidez sin sustra las palabras entrecortadas, que un sonambulismo azaroso hacia salir de los labios de la joven.

—Su nombre!... Ella no pronunciará su nombre! decía el anciano después de observar inútilmente.

Entonces un poder fatal rasgó el velo, que ocultaba todavía secretos que las revelaciones del sueño no habían insinuado; la joven murmuró el nombre de Arturo.

—Arturo!!!. repitió el viejo, volviéndose tan bruscamente como si aquella palabra hubiera sido un puñal destinado á lacerar su pecho; Arturo d'Aubian!!!. Y yo rehusaba creerlo!... Cuán imbécil era!!!.

—Nada mas, balbuceaba la joven, haciendo esfuerzos para levantarse; sería arriesgar tu vida.... la mía nada importa, pero tú.... Oh! él tiene sospechas.... te mataría.

El anciano exhalaba suspiros ahogados, y creyendo que su esposa despertaba, penetró entre las colgaduras del lecho para cerciorarse; mas la joven sin abrir los ojos permanecía en la misma posición. Empero, poco á poco, el cambio de fisonomía anunció la perturbación de ideas; el terror impreso en su rostro, hizo sitio á cierta expresión de recojimiento que á su vez se cambió en atención profunda, adquiriendo semejante alteración nerviosa sumo grado de intensidad: en tal crisis vuelve de pronto la cabeza para escuchar un ruido que la inquieta, se levanta, se cubre con su manto, y acercándose á la ventana con el mayor cuidado, observa y dice: es media noche..... Ay! que frío!... la sangre parece helarse en mis ve-

nas.... Este muro es tan elevado....! Dios mío! si él se hiriese!... No, ya le siento en el jardín.... Hoy será la última vez que le vea.... si, debo decirselo, porque este temor es mil veces peor que la muerte.

Con una precisión de movimientos que afirman esa perspicacia interior, á la cual, la ciencia no ha dado todavía explicación satisfactoria, la sonámbula cuyos ojos estaban siempre cerrados, apagó la lámpara, corrió el cerrojo de la puerta y abrió la ventana sin que el menor ruido llegara á oídos de su esposo: en seguida tomó del costurero un largo cordón haciéndole descender por la ventana hasta llegar al suelo del parque, vuelve después al interior de la cámara, abre los brazos, les dirige vagamente al rededor de un ser imaginario y exclama con apasionada voz: ¡vida mía!

Transcurridos pocos instantes, trocóse aquella escena de cariño en un fuerte acceso de terror; precipitábase hacia la ventana, pero los débiles brazos de su marido hallaron energía suficiente para retenerla.

Las agonías de la joven amante dieron cabida al peculiar instinto de las personas atacadas de sonambulismo, que temen, por una incomprensible percepción de su estado, ser bruscamente despertadas. Pero la emoción había sido muy fuerte para que el acceso pudiera tener un fin pacífico; el influjo nervioso adquirió su verdadero poderío y las fantásticas creaciones de la joven desaparecieron, como la armonía del harpa al impulso de recio huracán. Lucía despierta, y exala un grito al verse estrechada por los brazos de su esposo.

—Soy yo, Lucía, dice el anciano; soy yo, no temas.

—¿Qué ha pasado?... Está abrasan-

do mi frente!... ¿Cómo es que os hallais aquí?

—He sentido tus pasos, y creyendo que alguna indisposición fuera la causa, he subido á verte.

—¿De vuestro cuarto se perciben mis pasos? preguntó Lucía asustada.

—Es la vez primera que llegan hasta él: en otras ocasiones no ha sido tu sueño tan ajitado.

—Sí, soy sonámbula, y se dice que mi mal no tiene remedio... Pero dime, ¿he hablado cuando dormía?

—El anciano respondió negativamente, mientras que se rasgaba el pecho con las uñas. Conociendo que su poca serenidad iba á venderle tomó una buja y se despidió de su esposa desahogándose la noche feliz.

No bien penetró en su habitación, cayó postrado sobre una silla permaneciendo por algun tiempo aniquilado, insensible: sin embargo, la energía moral que no siempre destruye la caducidad física, se mostró furiosa é implacable en el corazón del viejo, por haber descubierto su deshonra. ¿Cómo matarle! decía retorciéndose las manos.... A ella.... la perdono.... pero él!... él!!... le provocaré, si, le provocaré... mas, rehusará batiarse... hablará de mi ancianidad y.... todo el mundo lo aprobará, porque, según ellos, es permitido arrancar á un anciano la dicha de sus últimos días, es permitido poner su nombre al escarnio, volverle loco de vergüenza, desesperación, ¡y cruzar el yerro con él fuera ultrajar sus blancos cabellos!... Tienen razón. Mi vista es débil y mi mano tiembla.... En un duelo será fácil sucumbir sin venganza, él quizá me respetará, y esto sería una nueva injuria.... No, nada de duelo, nada de incertidumbre.... su muerte á cualquier precio.

Mil proyectos de venganza vagaron por la mente del anciano durante la noche: fatigado en extremo, salió al amanecer á pasear por el parque, y cuando mas abismado estaba en sus cavilaciones, vino á distraerle un jardinero que con aire de misterio se le acercó diciendo.

—Señor Gorsaz, me estraña hallaros tan de mañana en el parque, pero me alegro porque necesito de vos.

—¿Qué hay, Piquet? preguntó Mr. Gorsaz en tono brusco.

—Lo que hay, Señor Gorsaz, es que hayer durante la noche, se ha forzado la ventana de mi pequeña choza, y figuraos cual habrá sido mi sorpresa al despertar y ver mi blusa sin reloj ni cuatrocientos escudos de mis ahorros.

—¿Crees tú que ese robo haya sido hecho por los obreros que reparten contigo sus trabajos?

—Ni por uno, ni por otro.

—¿De quién sospechas entónces?

—Juan Pedro y Vacherot son del país: hace veinte años que les conozco y respondo de ellos como de mí, pero Bonnemain ha podido muy bien tener semejante idea.

—Bonnemain!...

—Siempre he desconfiado de ese prójimo.

—Sin embargo tú no tienes mas que sospechas, y son necesarias pruebas, repone Mr. Gorsaz que parecia tomar en este asunto mas interés que el que demostraba.

—Pruebas? Ved aquí una, respondió el jardinero sacando del bolso un pañuelo azul; este es un pañuelo que he hallado cerca de mi cama.

—Y bien?

—Bonnemain no visita mi choza, y Bonnemain compró en la Reole este pañuelo hace diez días.

—Has hablado de este asunto á algun

etro?

—A nadie; he querido antes pedir os consejo.

—Has obrado prudentemente. Hasta nueva orden ocúltalo, y cuando veas á Bonnemain envíamele, que yo me encargo de hacerle hablar.

Piquet meneó la cabeza con desconfianza.

—Es un socarron, Señor Gorsaz, es un diablo para confesar sus delitos; miráos bien.

El anciano despidió al jardinero y penetrando en su cámara, aguardó con extraña impaciencia al presumible autor del robo.

Muy en brebe apareció un hombre de siniestro aspecto en el umbral de la puerta.

Era Bonnemain.

—Cerrad la puerta y acercaos, dice Mr. Gorsaz.

Bonnemain después de obedecer permanece de pie é inmovil.

—Bonnemain, ó mas bien Bautista Leroux, reponé el anciano dirigiendo una mirada fija y penetrante; un robo ha sido cometido en mi casa la última noche: inocente ó culpable, sois acusado porque vuestros antecedentes inducen á sospechas; habeis sufrido ya una pena afflictiva, os hallais en estado de reincidencia y no ignorais la condena que espera.

—Señor Gorsaz, no se á que objeto tiende vuestra acusacion, y os doy mi palabra de honor de estar inocente.

—¿Por qué crimen fuisteis la primera vez condenado á trabajos forzados?

—Por cierta falta que tube la desgracia de cometer en una casa de comercio.

—Por un asesinato, replica el anciano bajando la voz pero con acento enérgico, por un asesinato cometido entre Prades y Villafranche, en la per-

sona de un factor á quien esperabais para quitar sus cobranzas... En Tolón, vuestra conducta mereció conmutacion de pena, y en lugar de terminar vuestra vida en aquellos trabajos, solo permanecisteis diez años. Ved si estoy bien informado.

Ah! esclama interiormente Bautista Leroux, viéndose descubierto, he aqui un buen negocio; en el fondo del bosque despachaba en dos momentos á este imbécil viejo.

(Se continuará).



IMITACION DE MORATY.

CUENTO.

Oh! caro primo,
Ya te encontré,
Mucho anhelaba
Poderte ver.

Por todas partes
Veloze pasé,
Ya por la plaza,
Ya por la rez.

Prado, retiro,
Bolsa, café;
Oh! que cansancio,
Cuanto correr!

Pero no importa
Ya te encontré:
Mucho anhelaba
Poderte ver.

Ahora sin falta
De ti sabré,
Sin que molestos
Pueda temer.

Pero que digo?
Por vida de ...
Se me olvidaba

Que mi muger,
 Rabia, patea,
 No se porque,
 Pero hay quien dice
 Que debe ser
 Porque hace dias,
 Que no te vé:
 Tu qué me dices?
 —Que puede ser,
 —Tambien se cuenta.
 Yo bien lo sé,
 Que un dia fuisteis,
 Al nochecer,
 Por la posada
 De San José
 Y alli sin duda,
 Pudiste hacer
 Lo que yo pienso,
 Ya sabes..... he?
 Tu qué me dices?
 —Que puede ser.
 —Mucho me alegro,
 Que risa..... jé,
 Cuanto anhelaba
 Poderte ver!
 —Y no te enfadas?
 —No se porque,
 Piensas acaso,
 Que tu muger,
 No hace lo mismo
 Conmigo que,
 Tu con la mia,
 Puedes hacer?
 Pues amiguito
 Ten menos fé;
 Todos pecamos,
 Como ha de ser.

D. G. Ugalde.

JORSTMANN.

A principio del 4.º año de la República francesa, dos jóvenes caminaban lentamente bajo los arcos del

Palacio Real; sus continentes sencillos y severos excluian todo pensamiento de rivalidad con los elegantes llamados entonces Muscadins (1), y sus casacas abotonadas hasta la barva dejaban conocer facilmente dos oficiales. El uno preocupado y reflexivo parecia evitar todas las miradas, mientras su amigo dirijia sus codiciosos ojos á los ricos y brillantes comercios que encontraban al pasar; de repente se para exclamando; hé aqui una capa que me convenia perfectamente.

—Yo creia, respondió el otro observandole, te fueran mas utiles zapatos.

—Dices bien; pero la situacion del Estado es lastimosa y mucho mas la de nuestros bolsillos; en la actualidad es una locura presentarse á comerciantes, sastres y zapateros sin dinero en la mano..... Mas por vida mia que esto no á de durar mucho.

—Bien dicho; pero entre tanto tu calzado presenta mal aspecto, y por Dios que si te vieran nuestros soldados, dirian con razon que las botas del General se rien de su persona. Afortunadamente me ocurre una feliz idea. Jorstmann, mi zapatero de Straburgo, me dijo cierto dia que habitaba un hermano suyo en Paris en el Palacio de la justicia, pues bien, yo me encargo de presentarte á él y arreglarlo todo.

—No confio mucho en la empresa; sin embargo, probemos.

Y diciendo esto caminaban con direccion á dicha plaza, donde no tardaron en distinguir una enorme bota roja colgada en lo alto de la puerta, á cuya entrada estaba el artesano Jorstmann. El zapatero al verlos saluda esforzandose por corregir su acento al-

(1) Almiyarados.

— Sois Jorstmann? —
— Servidor vuestro. —
— Teneis noticias de vuestro hermano?

— ¿Qué, vos le conociais? —
— Mucho; me ha calzado durante mi permanencia en Straburgo; y figuraos si estaré contento de su servicio cuando he venido á buscaros espresamente, persuadido de que la fraternidad se estenderá hasta en el trabajo.

— Oh! era un hombre digno de aprecio; pero el desgraciado ha muerto.

— Ha muerto? interrumpio vivamente el jóven interlocutor.

— Si, ha muerto en la última miseria: su hombría de bien fué la causa; ya se vé, fiaba siempre la obra sin cobrar un cuarto.

Los dos amigos se miraron. El General pensó no ser el zapatero que buscaba y se disponia á partir; pero su compañero encargado de llevar á cabo la negociacion, le detubo diciéndo á Jorstmann: os recomiendo á mi amigo el General; pronto á emprender su marcha, necesita algunos pares de botas, y quiere saber si en breve plazo podreis servirle.

— El General! El General! repone Jorstmann extrañado ver un jóven revestido de tan alta dignidad: estoy á sus órdenes. Acto continuo le presenta un registro destinado á recibir los nombres y casa de cuantos le honraban con su confianza. El General tomó una pluma y escribió.

— Hasta pasados tres días que me lleveis las botas, Jorstmann.

— Si señor, si General; me atrevo á asegurar quedareis contento.

— No lo dudo.

— Pero en mi libro no consta mas que El General; ¿vuestro nombre?

— NAPOLEON BONAPARTE.

— Bo.... Bo.... Bonaparte!.. grita ab-

sorto el zapatero.

— Si, Jorstmann; Bonaparte, el General de la armada de Italia que su amigo Leclerc, gefe de Brigada, ha conducido á vuestra casa.

— Estoy confundido, señores; estoy confundido de tanto honor.

— Esta bien, esta bien, Jorstmann; sed exacto que es cuanto desea Napoleon.

Dicho esto se despidieron los dos amigos, no sin tomar en cuenta el buen resultado de la empresa.

Tres dias eran transcurridos cuando se presentó el zapatero en casa de Bonaparte y Leclerc.

— Perfectamente, dice Napoleon; estoy satisfecho de vuestra puntualidad, y os aseguro quedareis contento de haberme servido.

— Asi lo creo, General, contestó el artesano presentando la cuenta.

— ¿Qué es esto?

— La factura.

— Ah.... sí. Sentaos, Jorstmann. Voy hacer un vale sobre el tesoro.

— ¡Un vale sobre el tesoro! murmuró el zapatero de mal humor.

— Un vale es oro en barra, imbécil, interrumpió Leclerc.

— No lo dudo, pero.... yo deseo mejor otra cosa; quisiera.... plata por ejemplo, porque desde los asignados, el papel no tiene circulacion entre el pueblo.... Perdonadme, caballeros, pero....

— Este vale os será pagado.

— Temo morir como mi hermano; y aunque alsacio, soy en este punto partidario de los suizos: ó dinero, ó botas.

Estrañado de tal proceder se disponia Leclerc á castigar al desconfiado Jorstmann, cuando Bonaparte haciéndole una seña, arrojó con el pie las botas diciendo: Yo no empleo gentes que tienen tan poca fé en la providad

del gobierno. Mr. Jorstmann, libraos de pensar mal de vuestro país, y respetad el nuestro. Salid.

Jorstmann quedó confundido de su conducta.

El 21 de Marzo, Bonaparte deja á Paris, siendo tal la pobreza del tesoro que todos los esfuerzos del General y Directorio solo pudieron disponer de dos mil liúses que depositaron en manos del futuro Emperador: ¡Mezquina suma para conquistar la Italia y arriivar al imperio! El aspecto de la armada era deplorable á causa de la desnudez y privaciones que experimentaba, y sin embargo conservaba valor y disciplina. Napoleon aparece á su cabeza y todo muda de faz; por muchas partes dejan oirse preludios de un gran drama, toda la Europa concentra sus pensamientos en el grande hombre, la escena del mundo cambia y la aparicion de Bonaparte efectua una verdadera revolucion en ideas, costumbres y language: su vuelo rápido como el de la águila recorrió en poco tiempo un espacio, que el destino solo reservaba para él. El 2 de Agosto de 1802 fue nombrado cónsul, el 2 de Diciembre de 1804 era Emperador.

Mientras la fortuna se mostraba tan propicia con Bonaparte, nuestro zapatero Jorstmann, experimentaba sus rigores. Acometido de un ataque cerebral, su salud se debilitaba por

momentos; gracias, no obstante, á los solícitos cuidados de su esposa, aquella enfermedad no tuvo consecuencias desastrosas.

Cierta mañana que Napoleon y su comitiva volvian de nuestra Señora, se oyó en la calle de Harlay, la detonacion de una arma de fuego; los circunstantes no tardaron en acudir á la casa para informarse de tan siniestro ruido en dia de fiesta nacional. Poco tardó en saberse que el zapatero Jorstmann se habia suicidado.

En una carta hallada sobre la chimenea, espresaba á su muger é hijos la causa de la violenta muerte.

La carta contenia las siguientes palabras. *Yo he destruido mi porvenir, hubiera sido rico porque mi estrella me destinaba para zapatero del Emperador; pero perdí su gracia por mi falta. Nada me resta ya sobre la tierra. A Dios, esposa, perdonadme, hijos míos.*

Una ayuda de cámara que recibió orden para enterarse de la causa de la esplosion, vino á dar cuenta del suceso al Emperador.

—¡Pobre Jorstmann! exclamó Napoleon; he aqui una victima de las ideas de nuestro siglo. Luego volviendo-se á uno de la comitiva, dijo, Mariscal de palacio, no olvideis anotar en la lista de mi caja privada, á la viuda de Jorstmann.

MI DESEO.

Amor es la muerte, si amor no se acata,
Pesar y dolores son penas de amor;
Sé fiel en amarme; ya sabes que mata
pesar y dolor.

Ven, niña inocente, y al nacer el dia
Destierre del hado el fiero rigor,
El ave nos preste su grata armonia,
Su aroma las flores, y tu, vida mia,
contento y favor.

El Encubierto.

A mi apreciable amigo D. Eduardo Fisser, pidiéndome consejo para casarse.

SONETO.

Del santo matrimonio yo enemigo,
De sus sagrados lazos protestante;
Desprecio sus placeres; y constante,
En estado soltero alegre sigo.

Un consejo me pides, caro amigo,
Muy difícil de dar; pero no obstante,
Voy á decirte lo que en este instante,
Siente mi corazon para contigo.

Si una hermosa muger encuentras pura,
Capaz de mantener tus ilusiones;
Si llenos sus bolsillos de doblones
Proporcionárame dicha segura,
Debes casarte amigo con premura
Sin consultar contrarias opiniones.

D. G. U.



BIBLIOGRAFIA.

SOCIEDAD LITERARIA.

LA CRIOLLA Y LOS JESUITAS Novela histórica, agri-dulce, joco-séria, ó como si digéramos escrita entre risa y llanto, va á ver la luz pública muy en breve. Su autor **EL TIO FIDEL**, ha tomado por motivo un hecho histórico que produjo el escándalo de la corte de España y aun de todo el Reino. Recomendamos eficazmente esta curiosa publicacion que constará de 2 tomos iguales al Judío Errante. Se suscribe á 5 reales por tomo en esta Redaccion.

MARIA, LA HIJA DE UN JORNALERO. Tiempo hace que el público espera con ansia esta publicacion que quizá immortalizará la reputacion literaria del Sr. Ayguals de Izco. Su tendencia altamente moral y filosófica, sus escenas animadas de sorprendente interés, y sobre todo la buena línea de civilizacion en que coloca á nuestra España, son circunstancias que garantizan del buen resultado. La candorosa virgen, la amante esposa hallarán en esta novela modelos que imitar, y el hombre político, recreo en hechos historicos é intrigas palaciegas. Réstanos pues anunciar á nuestros suscritores que por ningun concepto dejen de adquirir una obra tan apreciable. Dicha novela adornada con magnificas laminas se publicará por entregas de 16 paginas en papel marquilla, siendo el coste de cada una 2 reales y medio. Los Sres. Suscritores deberán verificar el pago de ocho en ocho entregas. Se suscribe en esta Redaccion.

Establecimiento Tipográfico de D. Timoteo Arnau.